

V Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

A ejemplo de Jesús, hemos de ser "sal de la tierra, luz del mundo"

"En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: -Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

Tampoco se enciende una vela para meterla debajo del celemín sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo" (Mateo 5,13-16).

1. "Vosotros sois la sal de la tierra": Las dos parábolas de este texto parten de dos realidades, la sal y la luz, que en el mundo antiguo tenían la fama de ser imprescindibles. La primera comparación, la de la sal, es una exhortación a los discípulos como comunidad ("vosotros"). ¿Qué significado tiene la sal? Indica las funciones de purificación, de dar sabor, de conservar aquello perecedero, de dar valor, etc. Los sacrificios eran salados, al igual que los pequeños al nacer. Aplicado a los discípulos indica que con sus obras y su testimonio del Evangelio han de dar sabor y valor a la humanidad.

"Si la sal se vuelve sosa...": Aunque propiamente la sal no puede perder su sabor, aquí la imagen queda adaptada al servicio del contenido. Lo que los discípulos pueden perder es la capacidad de manifestar, con sus obras y su testimonio, el Evangelio. Esta posibilidad de fracaso se aplica a la imagen de la sal, subrayando que, de la misma manera que sería totalmente inútil una sal que no tuviera sabor, también lo sería la comunidad si no hiciese presente en el mundo las obras de la fe. Ser la sal de la tierra es ser su elemento más precioso: sin la sal, la tierra no tiene ya razón de ser; con la sal, por el contrario, si sigue siendo sal, la tierra puede proseguir su vocación y su historia. La Iglesia que no es ya fiel a sí misma no solo se pierde, sino que deja al mundo sin salvador.

"Vosotros sois la luz del mundo": La segunda comparación gira en el mismo sentido que la anterior, pero subraya la necesidad de que las obras de la comunidad de los discípulos sean visibles por los demás hombres. La imagen de la luz nos recuerda la comunidad de los esenios que se autodenominaban "hijos de la luz", pero vivían apartados del resto del pueblo en la soledad del desierto.

La comunidad cristiana no tiene la luz únicamente como un bien interno, tiene que huir de tentaciones sectarias y esotéricas. Ha recibido la luz y tiene que manifestarla al mundo (J. Naspleda)

Cada discípulo es luz en la medida en que sus acciones se convierten en signos de Dios para el mundo. El testimonio cristiano está, pues, dotado de visibilidad y responde a una exigencia misionera: no se santifica uno de manera puramente interior; no se encuentra uno dispersado en el mundo hasta el punto de perderse en él en la conformidad total con ese mundo o de olvidar el testimonio de la trascendencia (Maertens-Frisque).

Jesús les dice cómo son los discípulos ("vosotros sois la sal...") y también cómo deben llegar a ser: don y tarea. Juntos, los discípulos han de ser sal de la tierra, han de salar la tierra. Sólo es discípulo quien es sal y luz...

Ser sal, ser luz... ser fuente de vida, alegría, sabor a las comidas, para las vidas del prójimo, el caso de Teresa de Calcuta es un ejemplo de almas que se sienten mediadoras de la única Luz que realmente puede iluminar a los hombres, como es el caso de tantos catequistas, de tantos agentes de la Palabra, de tantos evangelizadores... que se sienten llamados a proclamar la Buena Noticia del Reino de Dios. "La luz rápida cae como lluvia de cosa en cosa, y suscita varios colores dondequiera que se posa" (A. Manzoni). El cristiano ha de iluminar con sus obras bellas. Todos ellos, y otros muchos, sienten que sus vidas han sido iluminadas por la Luz de Cristo; y saben que su única posibilidad es convertirse en transmisores de esa Luz; la Luz de la esperanza que se mantiene contra toda esperanza, la Luz de la convicción nacida en el corazón de las apariencias adversas, la Luz de la bienaventuranza descubierta en la pobreza o en la persecución, la Luz del Dios Rey encontrada en la cruz en la que muere. Podemos encandilarnos con lucecitas fatuas... pero sólo la Luz de Dios ilumina la vida del hombre...

Señor, las cosas claras: ni soy sal ni soy luz. En realidad, soy un cristiano rutinario y soso. Como cristiano, ni siquiera ando por mí mismo. Son otros, más militantes los que me tienen que remolcar. Yo dejo que me lleven y, para mayor ironía, tengo la sensación de que les estoy haciendo un favor. Muchas veces, mi cristianismo es tan poco sentido que me aburre. Tú me pides que sirva de ejemplo para que los demás sepan cómo seguirte. Quieres que te siga de forma moderna con un estilo joven y atractivo. La verdad es que, en el fondo me gustaría ser así. Pero me falta motor y me sobra pereza. De todos modos, esta semana, voy a intentar vivir como sal y como luz. Te lo prometo ("Eucaristía 1993").

2. La iluminación, el acceso a Dios, tiene lugar cuando el hombre no vive encerrado en sí mismo. Lo importante es "sentir" las necesidades y remediarlas. El profeta, sin duda un discípulo del segundo Isaías, que habla

a los de Jerusalén poco después del retorno del exilio, queda aquí invitado a interpelar a sus compatriotas. Efectivamente, a la hora de la reconstrucción de Jerusalén después de la catástrofe del destierro, el profeta se encuentra con cuatro dificultades grandes: una, la crisis de esperanza provocada por lo que tarda la salvación; otra, una depravación tenaz como en el culto de los ídolos; la tercera, una división exacerbada por las circunstancias, que lleva al odio entre hermanos; cuarta, un peligro nacido de la circunstancia concreta como es el posible desprecio de los extranjeros, los que se habían establecido en Israel durante el exilio. Por eso, toda reconstrucción debe tener, como uno de sus pilares, la dimensión social: no puede haber fe en el Dios de Israel sin la justicia del país. Principio claro y aplicable a nuestros días. La promesa de Dios es clara: la verdadera restauración vendrá cuando el creyente colabore en la restauración de su hermano. Esto está descrito, al igual que en Is 35,10, como una especie de procesión ritual: la justicia va delante, en medio el que obra según Dios y, al final, la gloria del Señor (v. 8). La disponibilidad de Dios en favor del que obra el bien se convierte en un signo salvador. Es preciso meterse en el corazón del mundo para, por ese camino, encontrar al Señor.

Dios no "premia" la buena acción: sería demasiado infantil; sino que Dios desata un nuevo proceso de misericordia. Es posible cumplir la alianza cuando haces que la vida del que vive en tu ciudad pueda ser justa y equilibrada. Mensaje para tiempos de fuertes crisis, las de entonces como las de ahora ("Eucaristía 1993").

"En las tinieblas brilla como una luz el que es justo, clemente y compasivo. Dichoso el que se apiada y presta y administra rectamente sus asuntos". Dos veces al año, el día de Pascua y el día de la Fiesta de los Tabernáculos, Israel se comprometía, una vez más a ser fiel a Dios y a su Ley... Una especie de "profesión de fe". Los antiguos pueblos vivían en una inseguridad permanente. El Señor da seguridad con su alianza. A quien cumple los mandamientos se le prometen tres formas de dicha: numerosa posteridad, prosperidad en los negocios materiales, inmunidad contra los ataques de la desgracia, de los malvados, de la mala fortuna...

"El justo jamás vacilará, su recuerdo será perpetuo. No temerá las malas noticias, su corazón está firme, en el Señor". Releamos este salmo, poniéndolo en los labios de Jesús. ¿Quién mejor que El, "amó a plenitud la voluntad del Padre"? ¿Quién ha tenido una posteridad igual a la de Jesús? ¿Quién fue un enamorado de la Justicia, la ternura y la piedad? ¿Quién dio a los pobres más que El? ¿Quién fue "luz de los corazones rectos"? ¿Quién fue más "glorificado" que Jesús en su Resurrección? Por lo que hace al Impío, Príncipe de este mundo, que rechina los dientes ante la derrota, Jesús triunfa sobre él, mediante la Pascua (Juan 16,33), anuncio de la victoria final el Día Escatológico de Dios.

"Su corazón está seguro, sin temor, reparte limosna a los pobres, su caridad es constante, sin falta, y alzaré la frente con dignidad".

Dios no nos prohíbe ser "felices", al contrario, es su deseo que lo seamos: es la primera palabra del salmo y la primera de las Bienaventuranzas. Ahora bien, la felicidad más profunda no está en los "bienes materiales": hay una felicidad que nadie puede arrebatarnos al justo y es su "justicia" misma... Es decir, la felicidad de "compartir" de cumplir su deber, de "hacer correctamente" sus negocios, a riesgo de pobreza, en un mundo sin conciencia.

Muchas son las bendiciones que Dios acumula sobre la cabeza del justo: **«Su linaje será poderoso en la tierra, en su casa habrá riquezas y abundancia; jamás vacilará, no temerá las malas noticias, su recuerdo será perpetuo»**. También son bendiciones sencillas para el hombre sencillo. Prosperidad en su casa y seguridad en su vida. Las bendiciones de la tierra como anticipo de las del cielo. El justo sabe que la mano de Dios le protege en esta vida, y espera, en confianza y sencillez, que le siga protegiendo para siempre. Justicia de Dios para coronar la justicia del justo. «¡Dichoso quien teme al Señor!» (Carlos G. Vallés).

3. **"Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado"**. Pablo es el hombre que confía en la fuerza del mensaje. No pone su punto de apoyo en la sabiduría humana, sino en el conocimiento de Cristo crucificado. Lo que resulta manifiesto, a través de la pobreza humana del apóstol, es el poder de Dios: **"...para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios"**. Pidamos a la Virgen –**"bienaventurada tú, porque has creído!"**– que en estos momentos actuales de exaltación del hombre no nos apoyemos en la fortaleza humana tan llena de debilidad, sino en la humildad que se abre a la misericordia divina.

Llucià Pou Sabaté